STAR

UN NUEVO ENEMIGO

WARS



BRENDON J. WAHLBERG

Mientras tienen lugar los sucesos de *Star Wars: Una nueva esperanza*, el Emperador se retira a Byss, donde perfecciona el método para hacerse inmortal.



Emperador oscuro 2

Un nuevo enemigo

Brendon J. Wahlberg



LEYENDAS

Esta historia de fan-fiction toma elementos de la continuidad de Leyendas.

Título original: *Star Wars: A New Enemy*

Autor: Brendon J. Wahlberg

Publicado originalmente en TheForce.net

Publicación del original: 1997

alrededor de la batalla de Yavin



Esta historia es fan fiction, no forma parte oficial de la continuidad

Traducción: Darth Blindpath

Revisión: (sin revisar)

Maquetación: Bodo-Baas

Versión 0.9

16.06.18

Base LSW v2.22

Declaración

Todo el trabajo de traducción, revisión y maquetación de este relato ha sido realizado por admiradores de Star Wars y con el único objetivo de compartirlo con otros hispanohablantes.

Star Wars y todos los personajes, nombres y situaciones son marcas registradas y/o propiedad intelectual de Lucasfilm Limited.

Este trabajo se proporciona de forma gratuita para uso particular. Puedes compartirlo bajo tu responsabilidad, siempre y cuando también sea en forma gratuita, y mantengas intacta tanto la información en la página anterior, como reconocimiento a la gente que ha trabajado por este libro, como esta nota para que más gente pueda encontrar el grupo de donde viene. Se prohíbe la venta parcial o total de este material.

Este es un trabajo amateur, no nos dedicamos a esto de manera profesional, o no lo hacemos como parte de nuestro trabajo, ni tampoco esperamos recibir compensación alguna excepto, tal vez, algún agradecimiento si piensas que lo merecemos. Esperamos ofrecer libros y relatos con la mejor calidad posible, si encuentras cualquier error, agradeceremos que nos lo informes para así poder corregirlo.

Este libro digital se encuentra disponible de forma gratuita en Libros Star Wars.

Visítanos en nuestro foro para encontrar la última versión, otros libros y relatos, o para enviar comentarios, críticas o agradecimientos: librosstarwars.com.ar.

¡Que la Fuerza te acompañe!

El grupo de libros Star Wars

Hace mucho tiempo, en una galaxia muy, muy lejana…

EPISODIO II
UN NUEVO ENEMIGO

Mientras el Emperador encuentra una manera de hacerse inmortal, una galaxia agonizante debido a la guerra civil, enfrenta la muerte a una escala gigantesca.

Una nueva estación de combate, capaz de destruir un planeta por completo, asegura que el Imperio dominará la galaxia a través del miedo.

Palpatine tiene la creencia absoluta de que no quedan enemigos que puedan amenazarlo, pero en un oscuro mundo del borde exterior, el hijo de uno de los más grandes sirvientes del Emperador, está dando sus primeros pasos para aparecer en la escena galáctica.

Guiado por la fuerza, Luke Skywalker se va haciendo cada vez más fuerte, y desea lanzar al caos los meticulosos planes del Emperador…

CAPÍTULO I

Palpatine se había constituido en el Amo indiscutido de la galaxia entera, y en ella no quedaban enemigos que pudieran enfrentársele. Sus llameantes ojos amarillos observaban desde el fondo de un rostro cubierto por una negra y profunda capucha. Lo que podía llegar a observarse de semejante rostro, era que estaba severamente avejentado por los años, con los ojos hundidos en cavernosas cuencas rodeadas por una manchada piel marchita. La frente parecía estar severamente deformada, y la boca permanecía abierta en un rictus que revelaba irregulares protuberancias dentales. Pero esa misma boca dejaba apreciar una mueca siniestra, y los ojos brillaban con un fulgor hambriento.

Por supuesto, había algunos que se consideraban sus enemigos. La irritante Mon Mothma y Bail Organa, por ejemplo. Ésa era una equivocada concepción por parte de ellos. Ambos no eran nada, como lo tampoco lo eran los lamentables insurrectos que se hacían llamar la «Alianza». Para el más poderoso Amo del Lado Oscuro que jamás hubiera existido, aquellos sujetos no podrían ser considerados enemigos. Los Jedi, esos débiles-de-voluntad practicantes del lado impotente de la Fuerza, estaban muertos, y habían terminado por desaparecer. Sabiendo que podrían haber representado una amenaza para su persona, Palpatine se había permitido lanzar a su Oscuro Señor del Sith para cazarlos. Como demostrando su inferioridad, muchos de los Jedi prácticamente habían ofrecido sus cuellos a la hoja de su espada. Descorazonados por la caída de la República, ni siquiera se habían resistido. Unos pocos se le enfrentaron, o corrieron, tan sólo para ser abrumados por la fuerza bruta de la tecnología imperial, y por la implacable e inmisericordiosa persecución del sirviente de Palpatine, el Jedi caído, Darth Vader. Los más valientes habían llevado su lucha hasta las mismas puertas del Emperador; a éstos, Palpatine los había aniquilado personalmente. La Purga había consumido una gran cantidad de esfuerzo y de recursos, pero con los Jedi exterminados, al Emperador Palpatine ya no le quedaban enemigos.

Cualquiera que observara a Palpatine en su cámara privada, en las profundidades de la Ciudadela del Emperador, en el mundo dominado por el Lado Oscuro de Byss, se habría dado cuenta de la frágil manera en que el dominador del espacio conocido, se aferraba a su retorcido bastón para caminar, y habría concluido que este hombre, en verdad, sí tenía un enemigo: la muerte misma. Pero estaría equivocado. Palpatine sentía la forma en que la muerte estaba aproximándose. La sentía de la misma manera en que la había sentido la primera vez, y aunque ésta iba a ser su segunda muerte, era imposible el irse acostumbrando a semejante situación. Inclusive, tenía la sensación de que la misma capacidad de regeneración de sus tejidos, estaba siendo afectada por las energías que a diario canalizaba a través de ellos. Él sabía que si fuese a morir en verdad, y a perder su última forma física, se encontraría perdido para siempre en el aullante caos del propio Lado Oscuro, el cual lo reclamaría como su propiedad, así como él mismo había reclamado la propiedad de toda la galaxia. Sin embargo, allí en Byss, Palpatine podría reírse de la muerte. Porque estaba sentado a tiro de piedra de su cámara de clonación, en

donde una docena de clones flotaban suspendidos en tanques de nutrición. Había llegado hasta Byss para morir. Y para nacer de nuevo.

El Emperador estallaría en un brote de energía azulada, dejando un deteriorado caparazón por detrás de sí. Entonces, gracias a su dominio del Lado Oscuro y a sus conocimientos de las técnicas de clonación, obtenidos a partir del Holocrón de Ashka y Vantos Boda, él lograría ingresar al cuerpo de uno de sus propios clones en estado de maduración. Cuando abriera sus nuevos ojos, aparentaría ser un joven robusto una vez más. El hecho de morir era doloroso, y el proceso de transición era bastante desagradable, pero se trataba de un pequeño precio a pagar por la inmortalidad. El simple hecho de pensar en su nuevo cuerpo, hacía que su sonrisa se hiciera amplia, y logró que un pavoroso crujido emergiera profundamente desde su garganta. La mayor parte de personas que habían llegado a escuchar esa risa, inmediatamente habían encontrado muy buenas razones para querer estar bastante lejos.

El Gran Visir del Emperador, Sate Pestage, simplemente estaba acostumbrada a ella. Pestage permanecía aguardando silenciosamente en el umbral de la pequeña habitación, petrificado como si fuera una estatua. Había venido para conferenciar con su Maestro, pero no dejaría escapar ni siquiera un suspiro hasta que el Glorioso y Oscuro Emperador, se lo hubiese permitido. Pestage, como hombre, constituía una figura arrugada, con prominentes rasgos envejecidos. De alguna manera, parecía mayor que el Emperador, y sus emaciadas formas se perdían en medio de enjoyados y voluminosos ropajes. Aun así, Pestage era incansable para brindar sus servicios al Emperador, y desempeñaba las funciones de su asistente personal bajo cualquier circunstancia. Preparaba sus alimentos, se encargaba de sus negocios, y agendaba todos los eventos del día a día. En aquel momento, Pestage simplemente observaba con tristeza, las decrépitas formas de su Amo. Pestage podía ser bastante viejo, pero poseía alrededor de sí, un aura de salud inquebrantable. Palpatine sólo irradiaba decaimiento.

A Sate Pestage le dolía observar al Oscuro Emperador, tan decrépito. El descubrimiento que había hecho su Maestro de una forma para engañar a la muerte —una muerte prematura—, había sido de gran alivio para Pestage, pero después de eso, ambos habían aprendido una cruel verdad: que el nuevo cuerpo, tan sólo podría durar unos pocos años. Ya era tiempo de cambiar por otro. Pestage le dio gracias en silencio a la Fuerza, de que la ciudadanía del Imperio no pudiera observar a su soberano bajo aquellas condiciones. Para el resto de la galaxia, se trataba de una figura carismática, un hombre de mediana edad con una presencia dominante. Por supuesto, aquella imagen era producto de la más refinada holo-tecnología. Cuando se encontraba afligido por el envejecimiento, el Emperador no solía hacer apariciones públicas, delegando el manejo del día a día del Imperio, a sus más confiables consejeros, como al Consejero en Jefe Ars Dangor. Dangor se hacía cargo de todas las obligaciones protocolares, y Pestage actuaba como un intermediario en todas las comunicaciones con el Emperador. Sólo un pequeño puñado de seres podía ver a Palpatine bajo las condiciones en las que realmente se encontraba, seres como Darth Vader, el Lord Sith, y Mara Jade, la Mano del Emperador.

Sin duda, se trataba de una extraña aflicción con la que estaban obligados a lidiar. Además de su confiable círculo interior, nadie debía poder llegar a observar los insospechados cambios en la apariencia del Emperador. El dominio que ejercía sobre la Fuerza, tenía que ser mantenido como un secreto de todo el Imperio en su conjunto. Ello había conducido a algunas situaciones extrañas. En algunas ocasiones, Palpatine había tenido que emplear un proyector holográfico personal para enmascarar su insólita y súbita juventud, o su desmesurado envejecimiento. Por ejemplo, Bevel Lemelisk, el diseñador de la Estrella de la Muerte, había llegado a observar al Emperador en su estado envejecido. Después del renacimiento de Palpatine, éste había tenido que entrevistarse con Lemelisk de manera completamente holográfica, mientras intentaba ocultar su juventud. El ayudar a evitar tales decepciones, era una de las formas en que Pestage servía fielmente a su Maestro.

Lentamente, Palpatine se volvió para enfrentar al Gran Visir.

—¿De qué se trata, amigo mío? —le dijo calladamente, indicándole a Pestage que se acercara.

El dominador de la galaxia tenía una voz llena de horripilantes sibilancias, las cuales habrían sido más apropiadas para un sepulturero. Esa voz, Pestage lo sabía, podía transformarse de una alegre satisfacción, a la más sombría amenaza en tan sólo un momento. Ahora se encontraba calmada, casi amable.

—¿La proclama ha sido elaborada de la forma en que lo ordené?

Pestage dio un paso hacia el interior de la habitación, con sus túnicas susurrando, y extrajo un ornamentado datapad. Sobre su pequeña pantalla, un pequeño párrafo se encontraba iluminado.

> *Su majestad Imperial ha decretado que bajo el actual estado de emergencia, el cual involucra a terroristas armados sembrando la muerte y la destrucción a través de toda la galaxia, se requiere la institución temporal de la ley marcial. Los Gobernadores Regionales ahora ostentarán el control directo sobre sus territorios, lo cual les permitirá tomar las acciones necesarias para imponer un rápido final a estos ataques cobardes y criminales, los cuales amenazan a las familias de todos los ciudadanos respetuosos de la ley.*
>
> *Durante el tiempo que perdure la crisis, el Senado Imperial entrará en receso. Los reportes que indican que las actividades criminales han sido apoyadas por algunos miembros del Senado, están siendo investigados exhaustivamente. Permanezcan confiados en que los terroristas pronto serán traídos frente a la justicia, y en que la estabilidad reinará a través de toda la galaxia.*

El Emperador finalizó la lectura, y asintió satisfecho. Esta proclama terminaría por completar su Nuevo Orden. Por supuesto no habría ningún «receso». Con la disolución del Senado, el último vestigio de la Antigua República, habría sido expurgado. No sería permitida ninguna oposición política al Nuevo Orden. Los apasionados discursos de senadores como Leia Organa, tenían el poder de influir sobre la opinión pública, y

aquellas voces tenían que ser acalladas. Al respecto, Mon Mothma había llamado demasiado la atención sobre ella misma, dándole a Palpatine la excusa perfecta. Había llegado demasiado lejos, declarando abiertamente en contra de él, y luego, había organizado el robo de los datos sobre el proyecto de la Estrella de la Muerte. Incluso en aquel mismo momento, Vader se encontraba en una misión para recuperar tal información. Por el momento, Mothma estaba más allá de su alcance, pero al menos sus cómplices en el Senado, podrían ser despojados de su influencia. Sin embargo —musitó el Emperador—, algún día lograría encontrarla… y entonces le enseñaría el verdadero significado del miedo.

La proclama también formalizaba la Doctrina Tarkin. Ahora, todos y cada uno de los sistemas serían mantenidos bajo control por medio del miedo, verdaderamente un arma muy poderosa. La estrella de la Muerte había sido completada en el sistema de Horuz, y estaba muy cerca de ser completamente operacional; pronto se convertiría en el símbolo del Nuevo Orden. Cuando Palpatine volviera a abrir sus ojos en medio de la cámara de clonación, ellos llegarían a ver una galaxia completamente sometida al poder del Imperio.

—Lo has hecho bien, Sate Pestage.

El parafraseo era excelente, como de costumbre.

—Permite que Ars Dangor le haga las revisiones que considere necesarias, y deja que la proclama se haga pública tan pronto como sea posible.

El Emperador sonrió sombríamente, y le devolvió el datapad. Se desplazó para volver a sentarse en su sillón similar a un trono, con algo de dificultad.

—No pienso tomar ninguna decisión más hasta que sea joven nuevamente.

Pestage asintió.

Palpatine le advirtió, señalando con un retorcido dedo.

—No deseo que nada perturbe mis meditaciones. Debo tener paz para consumar la transición. Cuando sea el momento, te haré llamar para que me asistas en mis preparativos.

Sate Pestage hizo una profunda reverencia.

—Sí, mi Maestro —declaró él, y silenciosamente, abandonó la cámara del Emperador.

Moviéndose a través de los salones laberínticos de la Ciudadela, Pestage reflexionaba acerca de que sería un hombre libre por los próximos días. Las meditaciones de su Maestro, eran similares a un trance, y Palpatine ni ingería alimentos, ni tampoco llevaba a cabo ningún tipo de actividad, debilitándose a sí mismo hasta el punto de simplemente desear consumar la transición. Entonces, Pestage conduciría a su Maestro hasta su lecho, y lo abandonaría en medio de un completo aislamiento, para que pudiera realizar la más privada de las experiencias.

El Gran Visir no pretendía entender la forma en que la Fuerza llevaba a cabo sus designios, pero sabía que su vida se encontraría vacía, sin la gloria de su Maestro para iluminar todo su universo.

Incluso el solo hecho de estar alejado de él por algunos días, hacía que Pestage se sintiera un poco vacío. Tal vez decidiera visitar la arena de combates para entretenerse. Aquella misma tarde, había programada una pelea a muerte entre un wookiee y un gundark. Tal vez. Pero no deseaba permanecer demasiado alejado de la Ciudadela, tan sólo en caso de que su presencia fuera requerida.

CAPÍTULO II

Palpatine se había vuelto uno con la Fuerza. Su frágil forma física había sido dejada atrás, y su mente vagabundeaba por la galaxia. *Su* galaxia. Él podía percibir sus energías vitales y mortales, y a través de su conexión con el Lado Oscuro, podía saborear la fortaleza con que ella lo recompensaba por sus servicios. Porque el mismo Emperador no era más que un sirviente. Todos los esfuerzos de Palpatine estaban dirigidos hacia la creación de una galaxia en donde las emociones de mil millones de mundos alimentarían el Lado Oscuro con su ira, su miedo, y su agresión. Él lo llamaba lo que sería su Imperio Oscuro. Ciertamente, él amaba el poder personal que recibía como su más aventajado usuario del Lado Oscuro, y tenía la intención de mantener semejante poder eternamente. Juntos, él y el Lado Oscuro, dominarían a todos y cada uno de los seres vivientes.

Fundamentalmente, el Lado Oscuro representaba el caos, la entropía, una fuerza destructiva que siempre mantenía el balance en contra del Lado Luminoso. Pero el Lado Oscuro estaba hambriento de dominación, y Palpatine podía proporcionarle una oportunidad para que pudiera llegar a poseerla. No se hacía ilusiones; de la misma manera, el Lado Oscuro terminaría por consumirlo, si él se lo permitía, pero eso jamás llegaría a ocurrir. Haría de semejante poder su sirviente para siempre, y todas las demás cosas terminarían por servirlo a él.

A través de la Fuerza, el Emperador podía comunicarse con algunos seres como Vader, a través de grandes distancias, aunque algunas veces, él prefería emplear el holo-transmisor de tal manera que pudiera crear una grandiosa imagen de sí mismo que terminara por intimidar a su interlocutor. A menudo, él podía «ver» lo que estaba sucediendo en los lugares hacia los cuales dirigía su visión mental, una habilidad que le había otorgado una gran ventaja durante el período de su ascenso hacia el poder.

En aquel momento, había lanzado su mente en búsqueda de la Estrella de la Muerte, y de la familiar presencia de su sirviente. Para ese instante, Vader ya debería haber recuperado los datos técnicos de la Estrella de la Muerte, y estar de regreso en la estación de combate como representante del mismísimo Emperador. A Tarkin se le habían otorgado todas las prerrogativas para hacer uso de la Estrella de la Muerte, pero cualquiera con semejante poder tendría que ser vigilado, no importaba cuán leal pudiera ser. Vader podía ser un excelente vigilante, y él a su vez, podría ser vigilado por su Amo.

No fue sino con algo de sorpresa, que logró localizar a la Estrella de la Muerte en órbita alrededor del mundo parecido a una joya de Alderaan. Pudo «observar» la enorme esfera flotando contra la estrellada negrura del espacio. El Emperador nunca había llegado a quedar sorprendido por ninguna clase de tecnología. Como frecuentemente le había dicho a Vader, la Fuerza era el verdadero poder que regía todo el universo. Pero encontró que la Estrella de la Muerte era hermosa. Simplemente se trataba de un medio para llegar a un fin, pero era un adorable e impresionante medio para llegar a dicho fin.

Palpatine emplazó su mente dentro de la estación, en busca de Vader, al mismo tiempo que evitaba que su sirviente se percatara de su presencia. Vader se encontraba en

el centro de comando, junto con Tarkin y la joven Senadora (en aquel momento, ex-senadora, tuvo que recordarse a sí mismo), Leia Organa.

Le tomó un esfuerzo adicional el poder enfocarse en Vader, ya que allí parecía estar presente un extraño eco de la firma mental del Señor Oscuro. La tensión producto del estado de transición que estaba aproximándose, evidentemente le estaba haciendo pagar su precio, permitiendo que se afectaran sus sentidos de la Fuerza, decidió Palpatine. Después de un momento, Palpatine realizó un ajuste, y pudo observar los acontecimientos con una mayor claridad.

Tarkin estaba empezando a hablar, con una aplastante superioridad.

—Princesa Leia, antes de su ejecución, me gustaría que fuera mi invitada en una ceremonia que certificará la completa operatividad de esta estación de combate. A partir de este momento, ningún sistema estelar se atreverá a oponerse al Emperador.

Palpatine sintió que había realizado una buena elección al escoger a Tarkin. Cualquier otro hombre habría tenido en mente su propio poder, y no el del Emperador. Palpatine se preguntó qué sería lo que habría hecho la joven Senadora Organa para merecer ser ejecutada.

Ahora, fue el turno de Organa de replicar con un altivo desafío, el cual era evidente en su postura y en su voz.

—Mientras más apriete su puño, Tarkin, más sistemas estelares se le escaparán entre sus dedos.

Palpatine sonrió. Cualquiera podía contestar de una manera desafiante si no llegaba a avizorar los grandes problemas en los que estaba metido; Tarkin estaba reservándose algo realmente devastador. En aquel momento, con una horrible delicadeza, decidió revelárselo.

—No después de que hayamos demostrado el poder de esta estación. De cierta forma, usted ha sido quien ha determinado la elección del planeta que será destruido en primer lugar. Ya que se rehúsa a entregarnos la localización de la base rebelde, he decidido probar todo el poder destructivo de esta estación de combate… sobre su planeta natal, Alderaan.

Palpatine percibió la conmoción en la joven mujer.

¡Así que ella era una agente rebelde!

Ésa era una prueba más de que había estado en lo correcto al disolver el Senado; se había convertido en un nido de víboras de los rebeldes. Curiosamente, también pudo sentir la conmoción en Vader. A su sirviente no le agradaba la forma en la que estaban desenvolviéndose las cosas. Pero, ¿cuál sería la razón? Después de todo, ¿qué era la Estrella de la Muerte? Por medio de la influencia de Bail Organa, Alderaan se había convertido en un semillero de sedición. Mejor permitir que fuera eliminado.

Organa había empezado a balbucear inútiles protestas.

—¡No! Alderaan es pacífico. No tenemos armas. Usted posiblemente no podría…

Tarkin dejó que se perdiera todo refinamiento de civilización. Detrás de aquello, apareció el rostro de la Maquinaria de Guerra Imperial, frío, duro, e inmisericorde.

—¿Usted preferiría otro blanco? ¿Quizás un blanco militar? ¡Deme el nombre del sistema!

Se movió amenazadoramente hacia ella, y a ella no le quedó más opción que retroceder, tan sólo para encontrarse contra la humanidad de Lord Vader. Tarkin habló en voz baja.

—Estoy empezando a cansarme de tener que preguntárselo. Así que ésta será la última vez. ¿Dónde está la base rebelde?

—Dantooine.

Organa pareció desmoronarse.

—Está en Dantooine.

—Ya lo ve, Lord Vader, ella puede ser razonable —se regodeó Tarkin—. Continúen con la operación. Abran fuego cuando estén listos.

—¿Qué? —gritó Organa.

Tarkin dejó que aflorara su regocijo.

—Usted es demasiado confiada. Dantooine está demasiado lejos como para hacer una demostración que fuera efectiva. Pero no se preocupe. Nos haremos cargo de sus amigos rebeldes muy pronto.

—¡No! —protestó Organa.

Pero por supuesto, era demasiado tarde.

Los artilleros de la Estrella de la Muerte prepararon eficientemente el arma principal para disparar.

Palpatine contuvo el aliento mientras unos inmensos haces de energía brotaban del súper láser de la Estrella de la Muerte, uniéndose para formar un impresionante rayo, el cual apuñaló el núcleo del planeta de Alderaan. Pero no llegó a apreciar la explosión del planeta, ya que en ese mismo momento, una pasmosa y completamente inesperada fuente de poder golpeó al Emperador como una marejada, barriendo todo, y dejándolo inconsciente. En su cámara privada de la Ciudadela Imperial en Byss, el Emperador Palpatine yacía boca abajo sobre el frío pavimento, enmarcado por un fuego sombrío, con sus ojos amarillos incandescentes como si fueran dos soles gemelos.

CAPÍTULO III

Sate Pestage respondió a las alarmas de los biomonitores de manera inmediata, cruzando la Ciudadela en cuestión de minutos. Presionó el seguro de la puerta de la cámara de meditación, esperando encontrar a su Amo tirado en medio de un desastre, y se quedó completamente sorprendido al encontrarse mirando al rostro de un Palpatine erguido y aparentemente sano. La cara del Emperador estaba dominada por una sonrisa salvaje, y parecía estar lleno de vitalidad.

—No tienes que preocuparte por mí —le dijo el Emperador con un tono áspero, y extendiendo una mano hacia Pestage, como para asegurarle que se encontraba bien—. No me encuentro en peligro. ¡Me ha ocurrido algo que no había visto venir! Esto lo cambia todo (y tengo que entender qué fue).

—Maestro —tartamudeó Pestage— es bueno saber que se encuentra a salvo… Al momento de escuchar las alarmas, yo estaba conferenciando con Lord Vader… Él desea hablar con usted. ¿Debo transferir su señal?

—No, Sate Pestage.

Palpatine parecía muy agitado.

—Encárgate de él mientras consulto con mi Holocrón.

Palpatine ya estaba dirigiéndose a su recámara, moviéndose con una nueva fortaleza que dejó sorprendido al Gran Visir. Pestage hizo una venia, y la puerta siseó hasta quedar cerrada.

*****

Una vez que estuvo a solas, el Emperador se aproximó hacia un ornamentado estante sobre el cual descansaba un cubo elaborado, que resplandecía delicadamente con un tono de color azul. Tomó el dispositivo de grabación Jedi entre sus retorcidas manos, acariciando las antiguas escrituras sobre su elegantemente trabajada superficie. El Holocrón se sentía cálido, y vivo. Profundamente dentro del objeto, sus cristales despertaron. Él sintió un ligero toque en su cerebro, al tiempo que el Holocrón empezaba a percibir sus pensamientos más superficiales, y acopiaba todo el conocimiento que estaba siendo requerido. Se produjo un destello en el aire, y el holograma de un alienígena de alguna manera grotesco, con manos similares a garras, y un exoesqueleto, apareció por encima del cubo.

—Tú, el Oscuro —dijo el holograma—. Escucha las palabras de Bodo Baas, el guardián de la entrada, y aprende la historia del hechicero Sith Gant Feer. En los aciagos días en los que Exar Kun se constituyó en el Oscuro Señor del Sith, Feer era uno de los Jedi caídos bajo su mando. Feer era tan depravado como ambicioso. Se cree que sólo él tenía acceso a los terribles secretos de la magia Sith, y los empleaba sin conocimiento de Kun. Feer capturaba a los Jedi, y los asesinaba en medio de un ritual. Cada muerte acompañada de terror, debilitaba el Lado Luminoso, y hacía más poderoso el Lado

Oscuro. Pero un Maestro escapó para contar semejante historia, y es así que sabemos que Feer se jactaba de ser capaz de alimentarse a través de las energías de los seres agonizantes, absorbiendo su fortaleza por medio de su relación con el Lado Oscuro.

Bodo Baas hizo una pausa. Era algo difícil de decir a partir de semejante rostro, pero el monstruo parecía rehusarse a continuar hablando con él. Cuando se decidió a continuar, parecía estar mirándolo directamente a los ojos.

—Gant Feer no vivió lo suficiente para disfrutar de tales beneficios. Exar Kun se dio cuenta de cuán poderoso se había vuelto su subordinado, y decidió destruirlo. Los secretos de Feer murieron junto con él. Presta atención, tú el Oscuro. Absorber la vida a partir de la muerte de otros es posible, pero puede atraer el desastre de maneras que no es posible prever.

En medio de un vaporoso destello de color verdoso, Bodo Baas empezó a disolverse.

Pensativo, Palpatine se quedó sentado en silencio. En el momento en que Alderaan estaba siendo destrozado, él había sentido una enorme fuente de energía fluyendo a través de su conexión con el Lado Oscuro. En aquel momento, no había estado preparado para semejante situación, y se había encontrado demasiado sorprendido y aturdido como para moverse o como para pensar. Pero mientras estaba sucediendo, había sentido que tenía todo el poder para hacer lo que quisiera, cualquier cosa en absoluto. ¡Un mundo entero, rebosante de vida, había muerto en medio del terror! Si la historia de Gant Feer contenía algo de verdad, semejante evento habría fortalecido el Lado Oscuro. Siendo uno con la Fuerza, Palpatine había sido impregnado de tal poder, aunque hubiese llegado más allá de su comprensión, atravesándolo con toda la fuerza de un vendaval. Pensó que podría saber cómo prepararse para la próxima vez, cómo evitar el ser abrumado, y en cómo podría encauzar semejante poder para sus propios fines. Incluso podría emplear tal poder para encontrar una forma de solucionar el problema de sus vulnerables cuerpos clonados. Con un poder tan enorme, incluso podría diseñar un nuevo cuerpo para sí mismo… uno perfecto… uno invulnerable. De improviso, rompió a reír, al tiempo que comprendía que esto le otorgaba a la Estrella de la Muerte, un maravilloso y nuevo propósito.

De manera delicada, colocó el Holocrón de nuevo en su lugar. Algunas veces sentía que, aunque sólo se trataba de un dispositivo de grabación, estaba sutilmente en contra de él. Había algo en la forma en que lo llamaba «Tú, el Oscuro», por ejemplo. La forma en que le había advertido que no siguiera dicho sendero, tampoco le sorprendía. En realidad no le importaba. Siempre habría algún peligro. Pero la posibilidad de vencer todas sus aflicciones, hacía que valiera la pena tomar cualquier riesgo.

Palpatine se dirigió hacia su terminal personal de la HoloNet, y la activó. La pantalla mostró la rígida máscara negra de Darth Vader. Vader se encontraba solo en su cámara de meditación, a borde de la Estrella de la Muerte. Palpatine lo saludó con un ligero asentimiento. Con la cabeza inclinada, Vader habló con su profunda voz reforzada por la máquina que le daba vida.

—Mi Maestro, la destrucción de Alderaan… —Vader estaba conmocionado—. Se ha producido un gran disturbio en la Fuerza. Siento temor por las consecuencias de emplear

la Estrella de la Muerte de semejante forma. La destrucción a esta escala podría traer caos a la…

El Emperador lo hizo callar con un gesto, y frunció el ceño. Como era usual, la percepción de las cosas por parte de Vader, carecían de perspicacia. El Lord Sith pensaba en el Lado Oscuro como el medio más adecuado para imponer el orden a la galaxia, pero, llegados hasta este punto, él dudaba de emplear tales medios para lograr dicho objetivo.

—Lo entenderás en su debido momento, sirviente mío. La destrucción de Alderaan me ha hecho más fuerte. Cuando encuentres la base rebelde, deberá ser destruida con la Estrella de la Muerte mientras yo realizo mi transición. Nada estará fuera del alcance de mis nuevas habilidades. Yo dominaré la galaxia entera, y tú estarás siempre a mi lado.

Vader no dijo nada, pero Palpatine sabía que él siempre obedecería. Este Jedi caído circundaba la demoníaca majestad del Emperador, como una polilla alrededor de la llama de una vela. Él necesitaba de la oscuridad del Emperador para llenar un vacío en su interior, pero nunca podría llegar demasiado cerca, a menos que deseara ser consumido.

—Siento que algo te perturba, sirviente mío —lo incitó Palpatine.

Con su característico desparpajo, Vader dijo:

—Mi antiguo Maestro, Kenobi, está aquí, en la Estrella de la Muerte. Ha venido para enfrentarse conmigo. La última vez que nos encontramos, la ventaja estaba de parte suya. Me temo que pueda ser nuevamente el vencedor.

Ahora fue el turno de Palpatine para quedar sorprendido.

¡Kenobi! ¡Ese maldito Jedi, todavía permanecía con vida! Así que había logrado escapar de la Purga, y había estado escondido por veinte años. Ahora se atrevía a mostrar su rostro. Semejante audacia debía ser castigada. El asesino del viejo sirviente de Palpatine, Darth Maul, finalmente sería ajusticiado.

—Kenobi enfrentará su destino largamente retardado el día de hoy. Cualquier recado tonto que lo haya sacado de su agujero, será el último. Juntos lo aplastaremos, sirviente mío.

Vader irradiaba confianza.

—¿Y qué hay con respecto a los rebeldes que llegaron junto con él? Ellos poseen los planos de la Estrella de la Muerte, y podrían escapar de la estación.

—Deja que se marchen —dijo el Emperador con una sonrisa afectada—. Ellos conducirán a la Estrella de la Muerte directamente hacia la base rebelde. Ahora, ve al encuentro de Kenobi. Su tiempo ha llegado.

Vader se inclinó profundamente mientras el Emperador cortaba la transmisión.

CAPÍTULO IV

Vader permanecía parado en silencio en medio de un vacío pasadizo de la Estrella de la Muerte. Los turbios recuerdos de su derrota a manos de Kenobi, desataron una escalofriante sensación a través de él. Se había tratado de un devastador ataque que lo había desgarrado a través de sus defensas, y que lo había lanzado hacia la lava hirviente. La memoria de tal agonía, le otorgaba a su odio una afilada perspectiva. Él había logrado renacer de dicha muerte, contrahecho después de salir de semejante horno. Ahora, él se encargaría de hacerle pagar por ello a su viejo Maestro, con la misma cortesía. El viejo hombre apareció saliendo de un corredor, como si estuviera flotando desde las sombras. El sable de luz de Vader empezó a resplandecer con una tonalidad de color rojo entre sus manos.

—He estado esperando por ti, Obi-Wan. Por fin nos encontramos. Ahora, el círculo ha sido completado. Cuando nos separamos, yo era el estudiante, ahora, yo soy el Maestro.

Kenobi sólo gastó algunas palabras, encendiendo su propio sable y adoptando una posición de ataque clásica.

—Sólo un maestro de la maldad, Darth.

Dicho eso, ambos se lanzaron el uno sobre el otro, intercambiando rápidos golpes luminosos. Se trataba de un elegante combate entre dos maestros. Cada ataque estaba cuidadosamente controlado, y ambos guerreros giraban con una economía de movimientos que contrastaba con la complejidad de sus ataques. De improviso, Kenobi pareció estar sometido bajo una tensión cada vez mayor, como si un peso invisible estuviera ejerciendo su presión sobre él. Sacudió la cabeza, y parpadeó, tratando de aclarar su mirada.

—Tus poderes se hacen más débiles, viejo hombre —se mofó Vader, consciente de que la promesa del Emperador estaba siendo cumplida. De alguna forma, Palpatine estaba siendo capaz de nublar la mente de Kenobi a semejante distancia. ¡En verdad se había vuelto más fuerte!

Kenobi pareció conformarse con su destino en aquel momento, y serenamente dijo:

—No puedes ganar, Darth. Si llegas a abatirme, me volveré más poderoso de lo que jamás podrás llegar a imaginar.

Iracundo por la pasividad de Kenobi, Vader atacó con mayor ferocidad, rebanando las paredes del corredor. Ambos guerreros, un maestro fracasado y un Jedi caído, se movieron cerca de las puertas blindadas que daban acceso al hangar que alojaba al carguero capturado, en el cual había arribado Kenobi. Vader podía ver a los guardias corriendo para apoyarlo, y supo que Kenobi tendría que enfrentar su muerte en cuestión de segundos, de una forma u otra. Repentinamente, a través del hangar, una abigarrada tripulación de rebeldes y droides lograron abrirse camino hacia el carguero, tomando ventaja de la distracción de los soldados de asalto. Kenobi les dedicó una mirada a los rebeldes, y pareció tomar una decisión. Apartó su espada de la dirección de Vader, y

cerró los ojos. Sin dudarlo, Vader partió limpiamente a su antiguo maestro por la mitad. La vacía capa cayó sobre la cubierta, seguida un segundo después, por el sable de luz del viejo hombre.

Vader exploró la capa con un pie enfundado en su bota, con una mezcla conflictiva de sentimientos de triunfo y de miedo arremolinándose en su interior. Un fiero intercambio de disparos se había desatado en el hangar. Vader permanecía de pie calmadamente mientras sus soldados eran abatidos, uno tras otro. Súbitamente, las blindadas puertas se cerraron, dejando solo a Vader en medio del silencioso corredor. Vader dio unos pasos apresurados hacia un panel de comunicación para informarle a Tarkin que Kenobi estaba muerto. Además, tenía que transmitirle las instrucciones del Emperador con respecto a que al resto de los rebeldes debería permitírseles escapar. Una baliza señalizadora había sido escondida a bordo de su nave, y podría ser seguida fácilmente hasta la misma base rebelde.

Pudo escucharse un apagado rugido desde detrás de las puertas, al tiempo que el carguero realizaba un rápido despegue y se sumergía en la profundidades del espacio. Vader recogió el sable de luz de Kenobi, y lo enganchó sobre su cinturón. El Emperador querría tenerlo para su colección. El final de Kenobi le había dejado un extraño sentimiento de vacío. De alguna forma podía sentir, a pesar de todas las apariencias, que el conflicto entre él y Kenobi no estaba finalizado en absoluto.

CAPÍTULO V

Una vez más, Vader estaba arrodillado delante de la imagen de su Amo.

—Ya ha sido hecho, amigo mío —lo tranquilizó el Emperador—. Kenobi se ha vuelto uno con el Lado Luminoso para siempre. Su espíritu se apagará y terminará por esfumarse. No hay nada que pueda retenerlo. Lo has hecho bien, sirviente mío. El último de los Jedi ha sido muerto el día de hoy.

—Pude ver su cara, Maestro —replicó Vader de manera precavida—. Él no tenía la mirada de quien ha perdido su batalla.

—No era nada —le aseguró el Emperador—. Tan sólo el falso orgullo de un hombre envejecido. Debo abandonarte, sirviente mío. Debo volverme uno con la Fuerza para preparar mi rejuvenecimiento. Puedes retirarte para cumplir con mis indicaciones. La próxima vez que nos veamos, ya habré triunfado sobre esta débil carne.

Vader se levantó, entonando con satisfacción.

—La Rebelión encontrará el mismo final de Kenobi.

*****

Palpatine era uno con la Fuerza. Su cuerpo reposaba sobre su lecho, al lado del Holocrón que resplandecía delicadamente. Aquel cuerpo había llegado bastante cerca del final de su vida útil. Muy pronto, la destrucción de otro mundo, lo llenaría de fortaleza. En aquel momento, anhelaba su propia muerte, y volverse absolutamente uno con el Lado Oscuro, existiendo bajo la forma de una energía informe. Él entregaría semejante poder a su nuevo cuerpo, transformándolo en una cosa indestructible, el vehículo perfecto para su nuevo nivel de maestría en el Lado Oscuro. El principal problema con los clones era que se trataba de copias, un paso alejadas de las energías protectoras de la Fuerza. Por lo tanto, eran más vulnerables a los estragos del Lado Oscuro. Pero ahora estaba seguro de que podría rehacer su propio cuerpo, literalmente reconstituirlo a partir de la energía del Lado Oscuro, empleando uno de sus clones como plantilla. Con dicho cuerpo, él *sería* el Lado Oscuro, y ya nada podría detenerlo. Su espíritu se estremecía, incluso mientras su cuerpo permanecía yaciendo en trance. El momento estaba aproximándose.

A través de la galaxia, la Estrella de la Muerte estaba a punto de llegar al rango de disparo de la cuarta luna de Yavin, un mundo selvático abarrotado de formas vitales. Por supuesto, los rebeldes que permanecían acantonados en dicha luna, habían montado una línea de ataque con sus combatientes, todos los cuales acababan de ser lanzados contra la estación; una línea que estaba conformada por unas pocas docenas de anticuados y repulsivos cazas. Se trataba de algo patético. Pero en ese momento, el Emperador comprendió por completo la debilidad que emanaba de sus inferiores.

Vader se encontraba en su propio caza prototipo, conduciendo a sus hombres-ala en cazas TIE, en contra de los alas-X, siendo casi indulgente en su práctica de tiro sobre los poco experimentados pilotos rebeldes. Tarkin aguardaba confiadamente en su centro de

comando, sin siquiera pensar en que tendría que ser necesario el desplegar los enjambres de cazas que tenía a su disposición. Era difícil obtener una visión clara de lo que estaba ocurriendo a través de todas las caóticas emociones que inundaban el área. Los pilotos rebeldes gritaban de terror cuando los inmisericordes disparos láser de Vader, inexorablemente encontraban sus objetivos. Las tropas imperiales se sumían en la confusión a medida que los ataques rebeldes volaban las instalaciones de la superficie. Los artilleros irradiaban una excitación concentrada mientras empuñaban sus poderosos turbo-láseres en contra de las veloces naves de los rebeldes. El Emperador saboreaba todos esos sentimientos.

Pero en la cubierta de mando, reinaba la calma, y Palpatine logró enfocarse sobre el Gran Moff. Tarkin se volvió hacia su ayudante, el cual estaba anunciando:

—La base rebelde está a treinta segundos, y acercándose.

Una siniestra satisfacción irradiaba del Gran Moff. Palpatine compartía dicho sentimiento. Éste era el resultado de unos planes largamente acariciados.

Los segundos transcurrían. Volando rápidamente a través de la superficie de la Estrella de la Muerte, Vader estaba aproximándose a las últimas naves de los rebeldes. El Emperador empezó a percibir la determinación de su sirviente, pero se dio cuenta de que todo habría terminado en cuestión de algunos pocos segundos.

—La Estrella de la Muerte acaba de circundar el planeta —llegó por fin el esperado anuncio.

—Disparen cuando estén listos —dijo Tarkin de manera crispada.

—Inicien con la ignición primaria —pronunció el adjunto de Tarkin.

El arma principal de la Estrella de la Muerte rugió, volviendo a la vida, preparándose para impartir la muerte en tan sólo un instante. Palpatine se alistó a sí mismo esperando la transición, abriéndose completamente a la Fuerza. En ese momento, una chispa inesperada se abrió camino a través de la oscuridad; ¡alguien estaba empleando el Lado Luminoso de la Fuerza! Se trataba de algo imposible, pero no había posibilidad de equivocación. La mente del Emperador se tambaleó producto de la súbita confusión, pero era demasiado tarde para cambiar nada.

—Aguarden.

La palabra llegaba filtrada a través de las ondas de energía que se erigían alrededor del cuerpo de Palpatine.

—Aguarden.

La última cosa que Palpatine pudo sentir, fue la cristalina sensación de triunfo del Gran Moff Tarkin. Después de ello, el cuerpo del Emperador fue desgarrado en pedazos, dejando paso a una erupción de un frígido fuego azulado. Su espíritu empezó a caer en picado en medio de un insondable abismo que lo era todo, y que no era ningún lugar. Pero en lugar de la increíble fortaleza que había tenido la expectativa de sentir, se encontró con una devastadora pérdida. Había ocurrido algo que había lanzado un manto de terrible debilidad por encima de todo el Lado Oscuro. Su esencia se encontraba sollozando producto de la consternación, Palpatine estaba luchando para alcanzar su

cuerpo clónico, lanzándose por encima de él en medio de una desesperada arremetida. Sus nuevos ojos quedaron abiertos de improviso, e incluso mientras luchaba por no ahogarse con la solución nutritiva que llenaba su boca y su garganta, se abrió a la Fuerza. Lo que él sentía, o lo que no había llegado a sentir, lo inundaba de ira. La Estrella de la Muerte se había desvanecido como si nunca hubiera llegado a existir. Sus propios sentidos y habilidades estaban notoriamente disminuidos. Su nuevo cuerpo era joven y fuerte, por supuesto, pero sentía como si estuviera tocando la Fuerza con los guantes puestos. Cayó sobre sus rodillas mientras la puerta de la cuba se deslizaba hasta quedar abierta. Las hábiles manos de Constable Mon se acercaron para estabilizarlo, pero él las apartó. Estaba temblando producto del odio. ¡Alguien tendría que pagar por este ultraje! La galaxia entera tendría que pagar por ello. Y los primeros que tendrían que sufrir su ira, serían aquellos que le habían fallado.

CAPÍTULO VI

Para el momento en que la noche cayó sobre Byss, con las cinco lunas brillando de manera hermosa sobre las ornamentadas torres y desmadejados complejos del Sector de Control Imperial, la HoloNet ya había difundido los espeluznantes detalles de lo que había ocurrido en Yavin. La temida Estrella de la Muerte había sido vaporizada por un único disparo de un caza ala-X rebelde. El piloto había logrado impactar sobre una ventila de escape térmico con un torpedo de protones, prácticamente contra todas las posibilidades. El Oscuro Señor del Sith había sido reportado como perdido, o muerto. La base sobre Yavin no había sido afectada, y lo peor de todo, las noticias de lo que había ocurrido habían sido esparcidas por toda la galaxia por los malditos rebeldes. La propaganda de la Alianza pregonaba que el genocidio en Alderaan y la destrucción de la Estrella de la Muerte eran la prueba definitiva de la tiranía del Imperio, y de que la causa de la Alianza, era sostenida por los luchadores de la libertad. Esto tuvo poco efecto sobre los sistemas interiores, los cuales estaban firmemente sometidos, pero las regiones exteriores estaban siendo sacudidas. El tiempo de retribución era ahora.

Palpatine culpó de la derrota en Yavin a la incompetencia de sus oficiales. Para aquellos que habían servido en la Estrella de la Muerte, era afortunado el que hubieran tenido que morir. El diseñador de la estación de combate, Bevel Lemelisk, pronto llegaría a desear también estar muerto junto con ellos. Tendría que haber un mayor despliegue militar del que jamás hubiera habido. Los mundos en rebeldía tendrían que ser extinguidos. No necesitaba de una Estrella de la Muerte para reducir a un planeta a escombros. Los nuevos Súper Destructores Estelares serían suficientes. Tendría que haber una purga que barriese la estructura de mando de las fuerzas imperiales. Necesitaba alguien —en quien pudiera confiar implícitamente— al mando. Alguien implacable y absolutamente leal hacia él. Alguien con las mayores competencias. Necesitaba a Darth Vader.

Pero primero tendría que encontrar al Oscuro Señor. Palpatine sabía que su sirviente no estaba muerto. Podía sentirlo. De alguna manera, Vader había logrado sobrevivir, escapando en su caza antes de que la estación hiciera explosión. Así que por muchas horas, el Emperador exploró el espacio alrededor de Yavin. La Estrella de la Muerte continuaba ardiendo. Amplias secciones de desechos radiactivos formaban un pozo de gravedad orbitante sostenido de manera débil, dando cabida a cadáveres congelados súbitamente, después de haber sido incinerados. Lentamente, la gravedad del gigante gaseoso reclamaría dichos remanentes, engulléndolos hasta no dejar ni un vestigio. No quedaba ni una chispa de vida.

¡No!

Allí había algo muy débil…

En medio de un curso orbital que iba deteriorándose, un caza deteriorado con alas curvas flotaba, sin ninguna iluminación. Dentro de él, Vader se encontraba en un trance de hibernación, conservando el mínimo soporte vital. Inmediatamente, Palpatine hizo

contacto con sus agentes en la Flota, y envió una lanzadera de asalto desde las nuevas fuerzas que se encontraban bloqueando Yavin, para rescatar a Vader. En algunos días, Vader nuevamente estaría de pie delante de él, preparado para hacer cumplir sus sombrías disposiciones a través de toda la galaxia.

*****

Vader y el Emperador se encontraban solos en el salón del trono en Coruscant. Fortalecido, y en completo dominio de su cuerpo pleno de juventud, Palpatine permanecía de pie sobre su arrodillado sirviente. El Lord Sith se sentía repleto de ira, humillación, y con una sensación de haber fracasado. Claramente esperaba ser castigado.

—Levántate, Lord Vader —dijo el Emperador con un tono resonante.

Vader se incorporó observando a su Amo con la cabeza inclinada. Palpatine estaba vestido con un adusto uniforme negro con el símbolo del Imperio en medio del pecho, y por encima de todo, una flotante capa con un elevado collar resplandeciente. Vader se encumbró sobre su Maestro, como desmintiendo la realidad de sus relativas autoridades. En ese momento, el rostro del Emperador se encontraba sin enmascaramientos, y pleno de garantías majestuosas. El rostro de Vader permanecía siempre escondido detrás de una grotesca máscara diseñada para inspirar miedo. Pero en ese momento, era Vader quien sentía el miedo mientras aguardaba su ajusticiamiento.

—Cuéntame qué fue lo que sucedió —dijo Palpatine, con la voz tranquila.

—Los rebeldes escaparon —replicó Vader—, guiándonos hasta su base como había sido planificado. Cuando empezamos a orbitar alrededor de Yavin, ellos lanzaron contra nosotros sus cazas uni-personales. Parecía ser la última línea de defensa de personas que realmente esperaran morir. Les pedí a los tácticos que realizaran un análisis de su ataque. Cuando descubrí que su blanco era la trinchera ecuatorial, comprendí que no se trataba de hombres locos ni suicidas. Ellos estaban desesperados, pero tenían un plan. Ordené que fuera informado el Gran Moff Tarkin, y movilicé mi escuadrón personal de cazas TIE. Varios de los cazas atacantes se desprendieron del grupo principal, y volaron dentro de la trinchera. Los perseguí junto con dos hombres ala. Logramos destruir varias naves, y uno de los rebeldes disparó sobre la ventila de escape de calor, probando que mi teoría estaba en lo correcto, pero el tiro era bastante difícil. Tarkin no nos envió refuerzos, pero para ese momento, quedaban menos de cinco naves rebeldes.

Vader hizo una pausa. El origen de su deshonra iba a ser revelado a continuación. El Emperador simplemente lo incitó a que lo hiciera.

—Continúa.

—Tres alas-X hicieron un último intento. Destruí una de las naves, y la segunda fue averiada, y decidió retirarse. Nos aproximamos al líder. Se trataba de un piloto misterioso, y mi computadora de blancos perdía la fijación una y otra vez.

Vader miró directamente al rostro de su Maestro.

—Fue entonces cuando sentí algo imposible. El piloto estaba empleando la Fuerza, y era fuerte en ella. Entonces llegué a comprender que lo que había parecido ser una tontería, era astucia por parte de los rebeldes. Un iniciado en la Fuerza, lo supe, podría realizar el disparo. Sin dudarlo, los rebeldes habían diseñado su estrategia teniendo a uno como aquel entre ellos. Abrí fuego nuevamente en cuanto tuve la oportunidad, pero de alguna manera, mis disparos sólo lograron impactar a su droide. Sentí la presencia de Obi-Wan, tratando de interferir conmigo, pero ya era demasiado tarde. La Estrella de la Muerte estaba lista para disparar. El piloto rebelde debió haber dejado de concentrarse en seguir huyendo, porque en ese mismo momento, fue fijado de manera segura por mi computadora de blancos. Pero en ese momento, como si hubiera sido decretado por la Fuerza, mi ataque fue quebrantado.

Lleno de ira, Vader tuvo que detenerse por un momento. El sonido repetitivo de su respiración mecanizada, era el único signo de vida dentro de su rígida armadura.

—Ese maldito carguero se lanzó contra nosotros en una trayectoria de colisión. Uno de mis hombres-ala fue derribado, y el otro entró en pánico, golpeando mi nave con la suya, e interfiriendo con mi defensa de la Estrella de la Muerte. Fuera de control, salí girando hacia las profundidades del espacio. La siguiente cosa que supe, fue que la Estrella de la Muerte estaba destruida, y que más de un millón de vidas imperiales estaban perdidas.

Vader aguardó, y parecía como si estuviera preparándose para la sentencia que daría su Maestro.

—Tus pensamientos están enfocados en la forma en que debería castigarte —le dijo Palpatine.

Vader se puso aun mucho más rígido.

—Piensas que fallaste en salvar mi estación de combate. Quizás tenga que cortar tu mano… ése sería un castigo adecuado por tu fracaso, ¿no te parece?

El cerebro de Vader se tambaleó producto de una súbita confusión. No estaba seguro de haber escuchado correctamente a su Maestro. Tanto sus manos como sus brazos eran protésicos, y el hecho de perderlos tan sólo significaría que los especialistas cibernéticos tendrían que reemplazarlos. No se trataba de ningún castigo en absoluto.

El Emperador habló en medio del silencio, como asegurándole a su sirviente:

—No te puedo culpar por lo que sucedió, Lord Vader. Si el Gobernador Tarkin hubiera enfrentado el ataque con la seriedad que requería, y hubiera desplegado los cazas de defensa con los que contaba la Estrella de la Muerte, ese carguero no habría podido aproximarse. No puedo castigarlo por ello, pero puedo castigar a los demás en la estructura de mando. Deseo que todos ellos escuchen el rumor de que incluso tú fuiste víctima de mi cólera. Porque si ni siquiera tú puedes estar a salvo de mi ira… ¿entonces, quién podría estarlo? Con respecto a ese iniciado en la Fuerza que tú sentiste… es de poca importancia. Obviamente, Obi-Wan Kenobi maquinó todo esto. Su cobarde muerte fue una distracción para permitir que escapara ese piloto. Pero eso es lo más lejos a lo que jamás llegará. Esta debacle fue un fenómeno anormal. Un novato no entrenado no podría

representar ninguna amenaza para nosotros, ahora que estamos enterados de su existencia. Habrá una nueva Estrella de la Muerte, mi sirviente. Mientras está en construcción, pienso poner en pie a la más grande flota de ataque que jamás se haya conocido, la cual estará conformada por los nuevos Súper Destructores Estelares, y tú estarás al mando. Tu deber será cazar y destruir a la Alianza Rebelde. Sé que no me fallarás, mi devoto servidor.

El Emperador sonreía benévolamente, pero Vader todavía se encontraba claramente perturbado.

—Todavía no le he dicho lo peor de todo —dijo el Señor Oscuro—. Los planes de Kenobi corren aun mucho más profundamente. Le dije que pude percibir la Fuerza en ese piloto, pero además también comprendí en ese instante, que se trataba de mi hijo.

Palpatine se veía incrédulo. Una imprevista furia empezó a irradiar de su persona.

—¿Hijo? ¡Yo nunca supe que Skywalker tuviera un hijo! ¿Qué clase de traición es ésta?

Inmediatamente, Vader cayó sobre sus rodillas.

—Yo tampoco lo sabía. Pero no puedo estar equivocado. Creo que Kenobi lo crió, esperando hacer de él una amenaza para nosotros.

—Bueno, sus planes han fallado —rechinó el Emperador, contemplando con el ceño fruncido al casco de ébano que estaba frente a él—. Él nunca llegará a ser un Jedi. Nos hemos asegurado de ello, al destruir a Kenobi. Él no pudo prever su propio final. Y esto no cambia nada. Encontraremos y aplastaremos a los rebeldes, tal como ha sido planeado.

—Sí, mi Maestro —Vader titubeó—. Aun así, quisiera encontrarlo y ponerle fin a todo esto. No tiene sentido ignorarlo, aunque se trate de una pequeña amenaza. Con seguridad… ésa es la lección que nos ha dejado la Estrella de la Muerte.

Palpatine empezó a considerar lo que estaba diciendo Vader. Había una sutil diferencia en él, sus sentimientos discurrían justo fuera del alcance de Palpatine. Pero el Señor Oscuro acababa de atravesar por una gran prueba recientemente. Quizás sólo se tratase de la tensión que todavía estaba afectándolo. Palpatine habló de manera firme.

—El joven Skywalker, si es que ése es su nombre, podría no representar una amenaza para nuestro poder. Pero sin duda, está del lado de los rebeldes, y si deseas destruirlo, podrás hacerlo una vez que hayas aplastado a la Alianza. Ahora, retírate, y haz cumplir mi voluntad.

Vader se levantó y se marchó, con la negra capa ondeando. Palpatine hizo a un lado su momentánea inquietud. Podía confiar en Vader de manera implícita, por supuesto, ya que Vader era completamente suyo, en cuerpo y alma. El espíritu de Anakin Skywalker estaba tan perdido, como las mismas extremidades reemplazadas cibernéticamente en el gigante que estaba en camino para planificar la venganza del Imperio.

CAPÍTULO VII

Todo estaba siendo llevado a cabo de acuerdo a los designios del Emperador, como le gustaba afirmar. En la misma medida en que ya habían transcurrido tres años de manera rápida, la galaxia había empezado a sentir todo el poder del Imperio. La flota de ataque de Vader perseguía a los rebeldes a lo largo de toda la galaxia, sin darles oportunidad de establecer una base permanente. Los mundos en rebeldía, eran rápidamente castigados, y sus recursos eran destinados a alimentar la maquinaria de guerra imperial. La visión de Palpatine para la galaxia, estaba convirtiéndose en una realidad. Vader parecía estar obsesionado con encontrar al joven Skywalker, pero aquello no parecía interferir con su búsqueda de las principales fuerzas de la Alianza. La nueva Estrella de la Muerte empezaba a tomar forma alrededor de la boscosa luna de Endor.

Entonces, uno de aquellos días, Vader hizo llegar el informe acerca de que había logrado localizar la principal base rebelde en Hoth, y de que estaba procediendo con su armada completa en contra de ella. Sin embargo, los perspicaces rebeldes recibieron una advertencia afortunada, cuando el almirante de la flota decidió emerger del hiperespacio, demasiado cerca de Hoth. Si la flota hubiera permanecido fuera del rango de los escáneres, podría haber empleado la cobertura del campo de asteriodes del sistema para permanecer oculta, hasta que fuera demasiado tarde para que la base de Hoth pudiera reaccionar. En lugar de ellos, los rebeldes habían sido alertados, y tuvieron tiempo para desplegar un campo de energía planetario que el Almirante Ozzel no había previsto que pudieran poseer. El resultado final fue una innecesaria y costosa batalla sobre la superficie del planeta. Sacrificando muchas vidas en una acción dilatoria, la Alianza se las había compuesto para permitir el escape de su grupo de dirigentes. Se habóia tratado de una fuga desordenada, pero de manera frustrante, no constituyó una victoria definitiva para Vader.

Después de ello, Palpatine recibió reportes acerca de que Lord Vader había comprometido a toda la flota de ataque en la captura de una sola nave rebelde, el carguero que había interferido con su defensa de la primera Estrella de la Muerte. Sin embargo, su obsesión, finalmente, había logrado rendir sus frutos. Tan sólo quedaba un remanente derrotado, disperso y desmoralizado, de miembros de la Alianza vagabundeando entre las estrellas, y aquel era el momento para acabar con todos ellos. No había tiempo para tontos juegos de caza. Vader tendría que ser llamado al orden.

El Emperador deambulaba majestuosamente, presa de la ira, a través de los corredores del Palacio, y sus cortesanos permanecían bastante alejados. Ello hacía que fuera fácil ocultar su envejecimiento debajo de las voluminosas túnicas que componían su vestimenta. Su segundo cuerpo clonado había envejecido a una tasa acelerada, tal como cabría esperar, pero le parecía que el deterioro podría haber sido más rápido en esta ocasión. Pero a él le gustaba mantener las apariencias. Le complacía permitir que su gente observara su presencia, y que supiera exactamente quién era su Amo.

Palpatine dio unos sonoros pasos dentro del salón principal de comunicaciones del Palacio, una atareada colmena repleta de actividad. Los oficiales de la Armada Imperial se quedaron mirándolo, a la expectativa de sus órdenes. Él sabía que estaban disgustados por las ejecuciones sumarias de Lord Vader, y que sentían que el Señor Oscuro estaba completamente fuera de control. Para apaciguarlos, Palpatine había decidido reprimir a Vader en público, evitando de esa manera, un motín dentro de la flota de ataque. Al mismo tiempo, le recordaría a Vader sus responsabilidades con respecto a localizar la flota rebelde.

A medida que el Emperador empezaba a introducirse en el ambiente, todos los oficiales se arrodillaban frente a él, inclinando sus cabezas. Un nervioso técnico atravesó la estación de comunicaciones, y comenzó el trabajo de contactar con el *Ejecutor*. Sus dedos trastabillaron con los conmutadores, y levantó la mirada, sudando, y esperando ser castigado. Pero nadie estaba mirándolo. Todos los ojos estaban fijos en el Emperador, quien súbitamente, y en silencio, se había desplomado sobre la reluciente cubierta, dejando conmocionados y con la boca abierta, a todos los concurrentes a dicha estación.

*****

Sate Pestage atendía a su Amo en el Centro Médico Imperial. Toda un ala había sido despejada para tratar la misteriosa enfermedad que había aquejado de improviso al Emperador. Los médicos residentes se quedaron desconcertados cuando se les dijo que su ayuda ya no sería necesaria, y fueron fácilmente despedidos. La Oficina de Control de Rumores, pronto se haría cargo de todo.

Pestage sabía que su Amo se encontraba sumido en un trance poblado de visiones. Había ocurrido con anterioridad, en su presencia, y sabía que el Emperador necesitaba descanso y privacidad. Palpatine yacía sobre su lecho, suspirando ocasionalmente, con los ojos cerrados y con la mente claramente en algún otro lugar. Sin embargo, esta vez, Pestage se encontraba perturbado. Conocía bien a su Amo, y por imposible que pareciera, Palpatine evidentemente estaba atemorizado por lo que estaba «viendo»…

Un hombre joven permanecía de piel delante del Emperador, vestido de negro. Se trataba del hijo de Skywalker. La Fuerza estaba con él, y había llegado a convertirse en un Jedi. Él observaba a Palpatine de manera desafiante.

El Emperador estaba cayendo. Se encontraba sumido en el miedo y la sorpresa, y gritaba a todo lo largo del trayecto de su caída. Su cuerpo estaba siendo desgarrado en pedazos por la colisión con unas gigantescas descargas de energía. Su fuerza vital estaba siendo engullida por el Lado Oscuro, pero esta vez, era algo diferente. No se produjo un renacimiento inmediato, tan sólo un caos terrorífico que no permitía vislumbrar el final…

Palpatine se encontraba atemorizado. De alguna manera, estas dos visiones estaban conectadas, ambas eran parte del mismo futuro posible. Un futuro en el cuál, él moriría.

Los ojos del Emperador se abrieron de improviso, sobrecogiendo a Sate Pestage. El Gran Visir estaba empezando a farfullar una pregunta acerca del estado de su Amo, cuando Palpatine se sentó y lo hizo callar.

—Contacta al *Ejecutor* de inmediato. Necesito sostener una conferencia con Lord Vader. Transmíteme la señal apenas llegue.

—Un momento, Maestro —dijo Pestage aparentemente bastante incómodo—. Si usted ya se encuentra bien, debo informarle que el Príncipe Xizor ha estado tratando de ponerse en contacto con usted, mientras estaba indispuesto. Ha requerido una audiencia con usted. No sabía qué decirle… él es un criminal de la peor clase…

—Sí, lo es —dijo el Emperador bruscamente—. Pero vamos a tener que emplearlo en razón de su flota de transporte, mientras construimos la nueva Estrella de la Muerte. Dile que voy a recibirlo en este momento. Pero si llega la comunicación de Lord Vader, deseo hablar con él inmediatamente, sin importar nada.

—Sí, por supuesto, Maestro —dijo Pestage.

Y aquello fue todo. Sin pronunciar ni una sola palabra más, Palpatine se marchó de la habitación dejando a Sate Pestage con la boca abierta.

*****

—¿Cuál es su voluntad, mi Maestro? —preguntó Vader, con una rodilla doblada. Ante él estaba un enorme holograma del rostro encapuchado de su Amo.

—Se ha producido una gran perturbación en la Fuerza —dijo Palpatine.

Vader, cautelosamente, respondió:

—La he sentido.

Con gran dureza, Palpatine afirmó:

—Tenemos un nuevo enemigo. Luke Skywalker.

Así que finalmente, su Amo había llegado a entender de qué se trataba todo. Quizás la gran conmoción en la Fuerza había terminado por aclarar su perspectiva. Algo importante había ocurrido mientras las fuerzas de Vader habían estado tamizando el cinturón de asteriodes en busca del *Millennium Falcon*. De qué se trataba, no podía llegar a saberlo, pero de improviso, la existencia de su hijo se había vuelto significativa para el Emperador. Con un gran respeto en la voz, replicó:

—Sí, mi Maestro.

—Él podría destruirnos —dijo Palpatine.

Vader intentó ocultar su sorpresa. ¡Su Maestro debía estar sintiendo que su hijo en verdad representaba una amenaza! Por tres largos años, Vader había estado acariciando ocultos planes dentro de sí mismo, planes para su hijo. Sabía que debía minimizar la importancia del muchacho.

—Tan sólo es un niño. Obi-Wan ya no puede ayudarlo.

Pero el Emperador se mostraba porfiado.

—La Fuerza es poderosa en él. El hijo de Skywalker no debe llegar a convertirse en un Jedi.

Vader sabía que aquello significaba la muerte para su hijo. El hijo de Skywalker. Su Amo ni siquiera reconocía al muchacho como hijo de Vader, con la firme convicción de que cuando Anakin había «muerto», cada uno de los últimos vestigios de dicha persona, se había terminado por extinguir en Darth Vader. Pero algo de ellos permanecía, algo que él no llegaba a entender por completo. Quería que su hijo continuara con vida, y quería poder reunirse con él.

En ese momento, Vader decidió hacer su jugada:

—Si pudiera ser convertido, se volvería un poderoso aliado.

Para su sorpresa, el Emperador estuvo de acuerdo.

—Sí. Sí. Él sería un gran aliado. ¿Puede hacerse?

—Se unirá a nosotros o morirá, mi Maestro.

Vader se sintió aliviado cuando a medida que el holograma se desvanecía. No entendía por qué el Emperador súbitamente tenía miedo de que su hijo pudiera convertirse en un Jedi. ¿Podría el muchacho haber encontrado algún Maestro? No importaba. Él se convertiría en el Maestro del muchacho. Él le demostraría a su hijo, la verdadera naturaleza de la Fuerza. Se incorporó y se dirigió hacia la puerta. Había muchas cosas por hacer.

EPÍLOGO

Después de finalizar su audiencia con el Príncipe Xizor, Palpatine se sentó en su trono, pensativo. Se preguntaba cuál sería el resultado del nuevo curso que estaban tomando los acontecimientos. Había accedido a la sugerencia de Vader porque había tenido una tercera visión, en medio del trance: había visto a Luke Skywalker arrodillado ante él, prometiendo servidumbre. *El destino de mi padre es el mío*, había dicho Skywalker en la visión. Vader había estado ausente en la escena, pero tal vez aquello fuera lo mejor. Vader se había vuelto… incierto, últimamente. Era el momento de reemplazarlo, con otro Skywalker. Tal vez este nuevo posible futuro, en el cual Skywalker estaba arrodillado frente a él, anularía aquel otro, en el cual el muchacho era el responsable de su muerte. La extraña sensación que percibía, era que no podía llegar a saberlo. Lo excitaba, pero de una manera incierta. Él tenía un nuevo enemigo, por primera vez en muchos años. Se adelantó a *visualizar* su encuentro. Había muchas cosas que tendrían que hacerse para que dicho encuentro pudiera convertirse en realidad. Mucho por hacer.

Pensando en ello, el Emperador empezó a reír.